

La condecoración a Pinochet, una vergüenza para El Salvador

Desde cualquier ángulo que se analice el hecho de imponer la máxima condecoración salvadoreña al Presidente de Chile, Gral. Augusto Pinochet, constituye una acción lesiva al prestigio internacional de nuestro país y una vergüenza para la dignidad nacional, herida profundamente con este acto en apariencia protocolario, el cual pone en evidencia que la Junta Revolucionaria de Gobierno ha perdido toda perspectiva respecto a quien debe otorgarse la presea que lleva el honroso nombre del prócer José Matías Delgado.

Los diversos sectores sociales y políticos del país han expresado fuerte crítica por la decisión de la Junta Revolucionaria de Gobierno de condecorar al Presidente Pinochet, en una visita inoportuna y fuera del esquema de un régimen que se llama a sí mismo "revolucionario" o al menos pretende ser reformista. Ignoramos de quien fue la idea de que el Vice-Presidente y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, Coronel Jaime Abdul Gutiérrez, fuera a Uruguay, Chile y Argentina en una misión de acercamiento con los gobiernos del cono sur y más todavía a alabar las "excelencias" de regímenes que gozan de una reputación anti-democrática, autoritaria y excluyente, condenados por abusivos por organismos internacionales que velan por la vigencia de los derechos humanos. No sabemos con exactitud si el viaje obedeció a una mera cortesía o si el mismo se enmarca dentro de una línea más dura dentro del ejército salvadoreño, destinada a crear vínculos con lo más oprobioso de América Latina, a manera de alinearse con países de corte fascista que no ocultan las cárceles clandestinas, las torturas y asesinatos de líderes políticos y más

bien se precian de ser la vanguardia de modelos totalitarios en el continente.

Es muy posible que el Coronel Gutiérrez haya caído en la trampa de ir al cono sur a buscar apoyo económico, político y militar de Uruguay, Argentina y Chile, para la inestable Junta de Gobierno que, cada vez más acusa una mayor "de-rechización" al abandonar las reformas y profundizar la represión contra las organizaciones populares y la población civil.

Algún asesor debe haber indicado que tras la experiencia de año y medio en el gobierno, vistas las exigencias internas y externas de respeto a los derechos humanos, urgía obtener ayuda financiera y militar de los "florecientes" gobiernos suramericanos. La realidad ha demostrado que esos países no están para dar, sino para recibir. Con excepción de Argentina que prometió un préstamo de 15 millones de dólares, los demás ofrecieron apoyo moral, o en el peor de los casos el envío de asesores policíacos para efectuar con mayor eficiencia los cateos, registros y operativos castrenses en las zonas urbanas y rurales. A estas alturas ningún pacto se ha firmado. Es decir, que el viaje fue inútil para los fines prácticos y su costo, a nivel político, desastroso. La prensa internacional ha ridiculizado a El Salvador al tratar de ponerse en la misma galería de las dictaduras que, como la de Pinochet, están sostenidas en un pedestal de cadáveres y coronados con el laurel de la sangre y la ingnomia.

El gobierno en el manejo de las relaciones exteriores de la República pudo haber enviado a una delegación de menor rango a explorar las posibilidades de acuerdos y convenios comerciales y políticos. Eso habría tenido alguna lógica. Pero

mandar al Vice-Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno en una misión increíble e imposible, era exponerlo a las más severas censuras de la opinión nacional y extranjera. Si la decisión de ir a Chile a congraciarse con Pinochet es del propio Jefe del Ejército salvadoreño, la cosa es aún más delicada, pues demuestra que sus ideales democráticos y reformistas están muy lejos de la Proclama del 15 de octubre de 1979 y que mucha razón han tenido los observadores imparciales en señalar que, desde la salida del Coronel Majano del gobierno, la Junta va en camino de clausurar proyectos de cambio que la juventud militar hizo suyos al insurreccionarse contra el General Carlos Humberto Romero.

El error está cometido y es irreparable. La Orden al Mérito José Matías Delgado debe discernirse únicamente a personalidades que en realidad lo merezcan por sus valores cívicos, democráticos, intelectuales, éticos, o por grandes servicios prestados a la nación salvadoreña. Si honrar, honra, en el caso de Pinochet darle la medalla es deshonrar a la República. Téngase muy en cuenta que El Salvador ha sido el primero y el único país que ha condecorado a Pinochet, en un acto vergonzoso e insólito.

J.A.M.

